

# REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1925 Lunes 12 de Enero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

**SUMARIO:** *El nuevo Ayacucho*, por Edwin Elmore.—*El nuevo idioma castellano*, por Jorge Mañach.—*Se reanudan las ediciones del "Convivio"*.—*Dos capítulos*, por Justo A. Facio.—*Anatole France*, por Antonio Caso.—*Delmira Agustini y su poesía*, por Vicente A. Salaverri.—*Página lírica de Delmira Agustini*.—*Discurso de Anatole France*.—*La estimación extranjera*.—*Diversiones públicas*, por José Vasconcelos.

## El nuevo Ayacucho

El autor dedica este ensayo de coordinación de ideas en torno a un ideal nuevo, a la juventud de su país.

Las nuevas generaciones están llamadas a plasmar en la realidad inmediata, a fuerza de energía y de talento, los ya viejos anhelos de nuestros antecesores, renovados a la luz de las utopías nuevas.

### Ayer y hoy

Si, apartándose un tanto de los sucesos de punzante actualidad, echamos una ojeada hacia los días heroicos de nuestra independencia, constatamos un hecho de muy significativa importancia, sobre el cual conviene meditar: nos referimos a la ausencia de mentalidades superiores que sirviesen de guía al grandioso movimiento emancipador. Es en estos días de febriles efervescencias ideológicas, cuando mejor se puede percibir lo que—pecando tal vez de irreverencia—podría llamarse mediocridad intelectual de nuestros próceres. El caos de hoy está lleno de augurales resplandores; la aurora de ayer no traía, en realidad, la luz del esperado día. Hoy, unánimes y por doquiera, se alzan las voces de la inteligencia que execran la iniquidad y pugnan por destruir los poderes tiránicos. Ayer, la integral y egregia figura de Bolívar ¿no aparecía solitaria en un escenario cuya vastedad geográfica, unida a su indignancia en todo otro orden, hubiera arredrado a un ánimo menos esforzado? ¿Puede afirmarse que el Libertador tuvo colaboradores dignos de su talla? Creemos que no; a menos que se intente atribuir un valor, de que carecieron en su día, a algunas oscuras personalidades a las que no bastaron todas sus «luces» y todo su «celo» para ponerse a tono con el incomparable genio. Aún para las miradas más benévolas y mejor intencionadas respecto al *medio* donde apareció Bolívar, existe una gran desproporción, un verdadero contraste, entre el genio magnífico, impetuoso e indomable del héroe y el temperamento abandonado y muelle, laxo y servil, de los pueblos que él vino a galvanizar con su energía.

Y en ninguno de nuestros países, más que en el Perú, debe reconocerse y estudiarse este hecho incuestionable, pues en ninguna parte se hizo más patente que aquí. Fué en Lima donde peor se comprendió a Bolívar. Fué en la Ciudad de los Reyes donde me-

nos se pudo percibir la majestad—*distinta* de la majestad real—de ese héroe de la democracia. Y esta incompreensión es tanto más de notarse cuanto que ha perdurado entre nosotros y ha tendido a constituir escuela. En ninguna parte se combatió al Libertador como se le combatió entre nosotros, y el verdadero carácter eminentemente superior y americano de su obra fué desconocido aquí para los mismos que ensalzaron en él al dominador irresistible, al general victorioso, al hombre del éxito. La verdadera grandeza de Bolívar, aquello que para ser comprendido e interpretado requería la labor penetrante de la inteligencia, y suponía un estudio desapasionado de las personas y los hechos, al par que una capacidad superior para concebir ideales; la verdadera grandeza de Bolívar, no se supo aquilatar, en estas zonas, por sus contemporáneos. No son prueba en contrario los panegíricos, loas y ditirambos de que se le hizo objeto, pues entre nosotros, como ya lo decía Caviedes:

...Si Dios no lo remedia  
tendrán su panegírico  
pulperos y verduleras.

Mejor se le conoció y reconoció en México y en la Argentina, y no significa poco que el más esclarecido propugnador de su genio haya sido, cien años después, Rodó.

No a otra cosa sino a nuestra inopia moral e intelectual puede imputarse este desconocimiento del valor y la significación del héroe por excelencia americano, y felizmente puede hoy decirse que este mal, de que han adolecido generaciones anteriores, ha sido conjurado. Siempre fué la juventud la más eficaz y constante fuerza propulsora de los grandes ideales así como la más abnegada, entusiasta y enérgica defensora de los hombres que supieron mantenerlos; y no es esta juventud de América; no es esta juventud del Perú la que cien años después de ter-

minada la epopeya emancipadora, confunde y desconoce a sus héroes. No es la juventud nuestra la que ignora que hay una nueva y más grande batalla de Ayacucho por librar.

### El movimiento continental de los intelectuales

Esta vez no nos llegan tardíos y desfigurados los mensajes de la Inteligencia. La voz profética de los apóstoles nuevos nos alcanza con toda su sonoridad. La íntima y severa elocuencia que hay en las palabras de fuego con que los pensadores de hoy están apostrofando a los detentadores del poder en todo el mundo, es recibida en el alma de las juventudes de América como el eco de un latido más hondo de su propio corazón. Y existen ¡oh, si existen! recia- mente formadas las falanjes de los nuevos luchadores. Y no es una generación sola; no está entregado el ideal nuevo a las manos inexpertas de soñadores de veinte años. El estandarte que flameará un día victorioso en el nuevo y utópico Ayacucho tiene su guardia de honor pujante y valerosa. En ella forman, no sólo ilusos y jóvenes Quijotes, enamorados de la más flamante Dulcinea; montan guardia la juventud de antaño y la de ayer, al lado de la de hoy. Son caballeros de la *Nueva Gran Cruzada Americana* los más recios y avezados paladines de la época, desde Unamuno, el infatigable sexagenario hispano, hasta Waldo Frank, joven *pioneer* de la verdadera civilización americana.

Ya no se trata de la esforzada pugna de unos cuantos rebeldes apasionados y tenaces—como en la época romántica y bravía—contra la estolidez del peninsular oficialismo. Ya no se trata de oponer a la testarudez y a la inepticia de unos cuantos virreyes infelices esa vaga «fe romántica de los libertadores» de que habla García Calderón en *Les Démocraties Latines*. Ahora se trata de dar acogida y convertir en incontrastables fuerzas de renovación y de reforma a los clamores del mundo.

Por eso el grito americano de hoy no tiene la engañosa sencillez de la palabra que enarbolaron nuestros himnos... ¿cómo podríamos decir ahora «somos libres»?... ¿No es acaso muy vago aquello de: «oid, mortales el grito sagrado: Libertad, Libertad»?... No. El grito americano de hoy—si alguno existe—es muy distinto. Es más universal y humano. No discutimos—aunque hay imbecilidad suficiente aún para pretenderlo—el ideal que dió origen a la formación de nuestras nacionalidades; tratamos de salvar sus corolarios en esta gran catástrofe que amenaza al mundo; tratamos de concretar en nuevos principios la vida humana, en nuevos postulados, leyes y costumbres [la realidad íntima de ese ideal victorioso cuya eficacia suprema para producir paz y felicidad se empeña en desconocer y suplantar una nueva y extraña raza de tiranos que infesta el planeta.

Por eso hombres como Bertrand Russell, y como Romain Rolland, que sólo ponen atención en las cosas grandes, se interesan en nuestra nueva gesta.

Por eso en la gran pseudo-democracia del Norte, a la voz farisaica de los Hughes, los Lodge, los Rowe, empieza ya a oponerse en forma articulada y perentoria, la voz de un La Follette, leader de ese *tercer*

*partido* que el vigor y el ímpetu formidable de las nuevas ideas y tendencias ha formado en Yanquilandia. Y, adelantado oficial de nuestros hermanos de doctrina en la patria de Lincoln, va a hacer oír a los monederos falsos de los partidos tradicionales, que han traicionado los principios de sus fundadores, las palabras severas y veraces de esa pléyade de publicistas que desde las columnas de *The Nation*, *The Freeman*, *The New Republic*, y otras revistas, vienen azotando desde hace tiempo la dura piel de ese paquidermo insensible, de ese moderno Leviatán que se llama Imperialismo: Por su importancia intrínseca y por el sincero interés que hacia todo lo nuestro manifiesta, sería injusto silenciar aquí la obra de Samuel Inman y su *Nueva Democracia*.

La ola de la protesta ha ido creciendo de Sur a Norte. Con Pérez Triana y Sanín Cano en Colombia; con Sáenz Peña, Ugarte e Ingenieros en la Argentina. Con menos vigorosos acentos, repartidos en todo el Continente, el coro de alarma ha adquirido en nuestros días el ímpetu marcial de un vigoroso *andante*. Puede el profeta de *Ariel* dormir tranquilo. La Ciudad Futura que él soñara vive en la mente de quienes han de ser sus fundadores. Esa utopía que un joven soñador montevideano concibiera hace veinte años tendrá la realidad que dieron a El Dorado los hombres de su raza. Frente a las Babeles de las naciones bélico-industriales alzarán en América los herederos de los épicos conquistadores la torre ideal de una nueva cultura y de una civilización salvadora de lo humano. Auspician esta empresa—que ha de ser americana y preeminentemente hispánica por razones sin número—los más grandes espíritus de nuestro tiempo, y ella agigantará sus fuerzas cuando sea conocida de los que aún la ignoran. Es así cómo esta América que dió España a Europa para que luego se forjase en ella el ideal de libertad, reasume su altísima misión providencial y ofrece consuelo para todos los dolores de la tierra y da firme esperanza a los más difíciles ideales. (1)

### La inteligencia en el Perú

Examinando someramente nuestra vida republicana, casi podría afirmar algún espíritu travieso que, en el Perú, la inteligencia ha brillado por su ausencia. Y sin embargo—violeta aparte—los peruanos tenemos fama de «talentados». ¿Cómo se explica esta anomalía? Sobre esto habría infinidad de cosas que decir. Aquí sólo podremos referirnos a algunas.

La primera observación que se nos impone es el

(1) Como ampliación a los conceptos que aquí sólo nos es posible bosquejar, permítasenos que copiemos, dada la importancia del tema que se ha ido haciendo cada vez más evidente, lo que a este respecto escribimos en abril de 1917: «Sí; a la marcha del progreso no se han cerrado todas las rutas. La Providencia ha preservado del fango un camino: aún está libre de mancha la América Española... El verdadero proceso de la historia de la civilización es éste: frente al Asia, Europa; frente a Europa, la América del Norte, frente a la América del Norte, Sud América.

Son los nuestros los únicos países aún no contaminados del mal universal; y para librarnos del contagio debemos ser tan radicales como lo fueron los norteamericanos antimonárquicos del siglo xviii. Mr. Canning, refiriéndose al reconocimiento de la independencia de las colonias hispano-americanas, declaró que el nuevo mundo, llamado a la vida corregiría el equilibrio del antiguo. Despojando a este pensamiento de todo lo que

efecto neutralizador que sobre la inteligencia ha ejercido siempre el temperamento y el carácter criollos. En el Perú los hombres más inteligentes han solido ser, casi siempre, los más *criollos*, es decir, los más escépticos, los más indolentes, los más inconstantes, los más indisciplinados, los más intolerantes, los más vanos, los más inquietos, y, en fin—para no callar lo que no debe callarse—los más desleales y los más pícaros... Raro, rarísimo ha sido el caso del hombre de talento que en nuestro país no haya visto frustrada toda la eficacia de su inteligencia por la acción adversa de alguno de esos defectos; y cuando ha surgido un tipo verdaderamente superior al medio, en todo lo que a esto se refiere, ha fracasado en la acción—porque, por supuesto aquí—nos referimos a las inteligencias en cuanto valen para la acción en general, y en particular para la acción social y política—ha fracasado en la acción, decimos, si no por culpa suya, por culpa de la incoercible y desordenada agitación constante a que han vivido entregados, víctimas de sus más mezquinos apetitos y pasiones personales, nuestros decantados talentos.

En lo que a esto atañe, la Colonia nos dejó una herencia muy poco envidiable. Estábamos demasiado habituados al sello y a la librea. Y si la inteligencia ha producido, con el mestizaje, conforme ya lo observara Unánue, extraños y bellos fulgores, no nos ha sido dado transformar en un siglo la mentalidad de esclavos y lacayos que heredamos. La esclavitud y el vasallaje no dejaban al hombre de genio y de talento más campo de acción que el del ingenio burlesco o lisonjero. Por eso nuestras letras son ricas en sátiras y en ditirambos, en laudatorias y sarcasmos. La rebeldía y el orgullo autóctonos nunca derivaron sus impulsos hacia una acción tendenciosa y constructiva; la tropical pereza, la dulce molicie a que permitía abandonarse la holgura de medios de que gozábamos, los hábitos de sumisión y de obediencia, la indisciplina mental y el absoluto desconocimiento en que vivíamos de la capacidad de organización de la inteligencia como fuerza reformadora, mantuvieron siempre distantes de una serfa y cabal acción edificante nuestros conatos de protesta.

Refiriéndonos, por ahora, sólo a las medianas cúspides de nuestro bajo valle mental (discúlpese la imagen), miremos lo que significan en nuestra vida espiritual hombres como Unánue y Sánchez Carrión, Vidaurre y Herrera, Felipe Pardo y Manuel A. Fuentes, Manuel Pardo y Nicolás de Piérola, González Prada y Ricardo Palma. Un examen prolijo de las obras y las biografías de estos hombres conduciría a

hay en él de interés particularmente inglés y de aquel tiempo, fijémonos en la verdad de su fondo, y hagamos un esfuerzo por comprender nuestra verdadera misión histórica. Hoy, por todos motivos, constituimos frente a Europa y a los Estados Unidos un mundo aparte, pese al auge del panamericanismo, que no es sino una nube en la cual van a sumarse todos los humos de las grandes fábricas norteamericanas. No podemos tener una idea tan mezquina de las finalidades humanas que nos haga creer que nuestra misión en el mundo es la de contribuir a una general rebaja de tarifas en nuestro continente. Así como la generación de los Washington, Franklin y Lincoln defendieron algo más que los intereses de los *pioneers* y los *farmers* de su tierra, nosotros tenemos que defender algo más que el derecho de navegación. Hijos de una nación recién fundada, que ellos mismos se empeñaron en fundar sobre bases sólidas, no podían transigir con los vicios y las corruptelas de los viejos estados europeos.

la conclusión incuestionable de que la Inteligencia ha sido casi invariablemente proscrita en esta tierra. En cambio ¿cómo puede observarse a lo largo de nuestra historia republicana—para dejar en sus sombras la noche del Virreynato—la tenebrosa y disolvente acción de esa «masonería de la ineptitud» contra la que, aun hoy, clama en España, Ortega y Gasset!... El tumulto, el motín, el caudillaje brutal y autoritario, la intriga, la deslealtad, «la libertad de calumniar» de que ya se quejaba Monteagudo, he ahí lo que en la tierra peruana otorgaba a los hombres la magistratura. En vano clamaba Herrera desde los primeros días por la formación de una «Magistratura de la Inteligencia». Democracia significó inmediatamente, entre nosotros, plebeyismo. Apenas alejados de nuestro territorio los héroes máximos del movimiento emancipador—no sin habernos apostrofado virilmente antes—la fe romántica, el generoso entusiasmo que por momentos electrizaran la voluntad de nuestros patriotas ¿en qué se convierten?... Lo dice otro en una *comédie d'intérêts mesquins*, en una *orgie révolutionnaire*... Domina en los hombres que, sin ningún respeto por el destino de los pueblos y sin ningún sentimiento honrado de las responsabilidades que adquirirían, se lanzan a la acción pública «una mezcla monstruosa de las afecciones opuestas que producen la altanería democrática y el envilecimiento colonial». (1) Diríase que desde entonces empezó a dominar entre nosotros ese «odio troglodítico a la inteligencia», esa envidia del plebeyismo demagógico que ha emponzoñado nuestra vida, contra la que hoy dirige sus certeros rayos el ínclito Unamuno.

### La sombra de Monteagudo

¿Qué huellas dejó la inteligencia en nuestras costumbres, nuestra educación, nuestras leyes y nuestras instituciones? «La proscripción injusta e ingrata, de donde sabe exprimir la conciencia de los fuertes una altiva fruición»—según la frase de Rodó, el inolvidable—ha sido casi invariablemente el premio otorgado a nuestros héroes del pensamiento, por las incontables huestes de la estupidez y del egoísmo.

Bolívar y San Martín—nuevos Aristides—fatigaron con sus virtudes civiles la miopía moral e intelectual de nuestros libertos. Les dolió la ingratitud, mas no llegó su queja a unirse a los ruidos del festín demagógico. Fué otro quien, no sin dignidad, alzó la fusta vengadora. A las palabras candentes de Bolívar, a las melancólicas advertencias del Protector—¡y es significativo el nombre!—añadió Monteagudo su incisivo comentario.

Tal vez fué éste, a la vez «radiante y sombrío» Monteagudo, el hombre de letras más esclarecido y más sagaz de aquellos años. Y ¿no es simbólico casi que muriese asesinado en Lima? ¿Qué deducciones y qué conjeturas pueden hacerse en torno al misterio que rodeó su muerte? ¿Lo mató la envidia de Sánchez Carrión, como alguien asevera? ¿Fué víctima de otras rivalidades políticas más oscuras? No fué el de este hombre interesantísimo el único sacrificio del ideal superior rendido ante la ciega bestia de las bajas pasiones. Fué hermano suyo, y corrió

(1) Bernardo Monteagudo, *Escritos políticos*, ed. Buenos Aires, 1916.

suerte semejante el gran Moreno... Para la inteligencia, para la culta ponderación, para la energía organizadora, responsable y consciente, no tenían los energúmenos de la orgía revolucionaria más armas que la calumnia, el destierro y el asesinato: armas de la tiranía. Y ¿cómo extrañarse de esto, si cien años después hemos visto a otros libertos odiar hasta el asesinato a sus libertadores en la Rusia Soviética? ¿cómo admirarse de esto, si lo mismo había acontecido en la Revolución Francesa? ¿cómo extrañarse de esto, ahora que bajo la evocación de Ayacucho meditamos, si el vencedor de aquel día fué asesinado también?... Es lo humano, la Cruz nos lo recuerda. Mas ¿no puede la voluntad sobreponerse a este sino? ¿no puede la inteligencia del hombre aherrojar el sanguinario instinto de la bestia?

Esta es la labor de la cultura, la sagrada misión de la enseñanza y de la educación, *Escuela del Alma*, católica iglesia invisible, sin sectarismos, ni jerarquías, cuyo pan espiritual ha alimentado el vigor invencible de los profetas, los santos y los héroes del inmarcesible ideal humano.

¿Cuáles han sido en el Perú las manifestaciones, los profetas, los apóstoles de esta *Escuela del Alma*? Nuestro clima espiritual ¿ha sido propicio al florecimiento de las humanas cualidades en que ella funda su eficacia y el secreto de su definitivo triunfo? Nuestros satíricos lo han negado riendo... (ninguno de ellos ha dado muestras de poseer ese «sentido cosmogónico» tan admirablemente observado por Diego Ruiz, que los hubiera hecho llorar); nuestros críticos también lo negaron, y sólo uno de ellos—González Prada—puso en sus diatribas la pasión acusadora que da el sentimiento de una bella esperanza o de una bella concepción que la «idiotez triunfante» lleva al fracaso. Frente a este pesimismo desolador ¿se ha intensificado entre nosotros la acción constructiva de las inteligencias optimistas y viriles?, ¿se ha intentado poner vallas de buen sentido y de moralidades cultas al desenfrenado asalto de los apetitos que ha hecho de nuestra vida republicana la más miserable y grotesca de las comedias?...

Los viejos se fueron a la tumba, pero *los jóvenes no han iniciado su obra*. Nada, nada que nos redima de la vergonzante esterilidad de las anteriores décadas hemos hecho quienes nacimos en el último cuarto del siglo XIX. *La generación regeneradora*, de que otras veces hemos hablado, no ha dado muestras de actividad creadora. Sus hombres sobresalientes traen con demasiada frecuencia en su fisonomía espiritual el seño de los viejos pecados.

¿Hemos de resignarnos a esto? ¿Está llamado el Perú a representar siempre en la historia un papel mezquino y subalterno? ¿No podremos siquiera secundar a nuestros hermanos del Continente en la gloriosa acción civilizadora, constructiva, reivindicadora de los verdaderos y más puros valores humanos, que en nuestros días tan vigorosamente se inicia? ¿Llegaremos tarde nosotros al *Nuevo Ayacucho*? ¿o ha de ser un peruano el que nos señale otra vez el paso de los vencedores?

EDWIN ELMORE.

(Concluirá en el número próximo).

## El nuevo idioma castellano

BAJO este epígrafe, acaba de publicarse en el REPERTORIO AMERICANO (1), de San José de Costa Rica, la traducción de una carta-manifiesto que desde París y en francés escribió Ventura García Calderón al gran hispanista inglés, ya fallecido, James Fitzmaurice-Kelly.

El profesor, en uno de sus libros sobre literatura hispano-americana, había tildado al escritor finísimo, de ser «un maestro del rápido estilo afrancesado». Nuestro peruano respondió con una suerte de apología defensiva, admirable de contenido y de forma, en que, «ampliando el debate», hace una erudita y sutil justificación no tanto del nuevo idioma como del nuevo estilo castellano. La carta en cuestión ha tomado proporciones de documento histórico—especie de «Prefacio de Cromwell» de las nuevas letras hispánicas—, y sobre ella se ha invitado el parecer de algunos escritores de la raza. A continuación transcribo el mío humildísimo, en atención a la pertinencia esencial y local del asunto.

Mi querido García Monge:

En el número 10 de noviembre de su REPERTORIO, siempre tan alerta, generoso y profícuo, me veo honrosamente invitado entre otros escritores de nuestra América y de España, a expresar mi opinión respecto de la bellísima carta-manifiesto con que Ventura García Calderón, desde las páginas de *Hispania* primero y desde las del REPERTORIO ahora, ha vuelto por los fueros—que no otra cosa hace en rigor—del decir literario castellano.

Es el suyo un exquisito, certero y estimulante alegato, autorizado con todo el prestigio de ese acendradísimo artista que—como nos decía ha poco aquí Antonio Caso—comparte con Alfonso Reyes una suerte de magisterio estilístico entre la juventud letrada de nuestro tiempo.

Hora era ya de que, con tales aptitudes y por modo así de expreso y enfático, se ventilase esto del «afrancesamiento» en el nuevo estilo y se les pusiesen las peras a cuarto a los arqueólogos del idioma, empuñados en que, tan entrado el siglo de las novedades y de las revisiones, sigamos usufructuando el lenguaje ampuloso y florido de los «Trozos Selectos». Todavía ha poco pasmábame yo de oír a un reverendo crítico de cierto relieve (perdóneme que no lo cite) denostar «la frase pasicorta de «Azorín», y era claro: los párrafos de sus libros zoilunos, en punto a «resistencia» y fárrago conceptual, hubieran dado bascas al mismo Donosa Cortés, por él tenido como sumo y definitivo dechado de la «galanura» española.

Y es esta idea de la «definitividad» de la lengua la que hay que sitiar. Parece un tópico, y sin embargo, aún no convence a todos, que un idioma es una cosa viva, un organismo evolutivo que progresa precisamente por la corrupción, un instrumento plegadizo a las novedades de la experiencia y, por ende, del pensamiento. Los académicos a macha martillo, los obsesos de casticismo y de pureza que nos zahieren porque acuñamos palabras y trasegamos o

(1) Véanse los Núms. 10 y 11 del tomo en curso.

adaptamos giros, no se quieren, (acaso es que no se pueden) dar cuenta de que los hombres de hoy tenemos una actuación y una sensibilidad distintas, la una en calidad, la otra en grado, de las de sus tiempos ejemplares. No permiten que aludamos a las cosas nuevas ni expresemos los nuevos matices sino con léxico de infanzona y castellanía. ¿Qué importa que sólo resulten aproximaciones?: hemos de decir «tocado» por *toilette* y «llegar a ser» en vez de «devenir», para salvar la bendita virginidad cervantesca.

Y no sólo el léxico, sino que el tono mismo del lenguaje ha de mantenerse reminiscente del Siglo de Oro. ¡Cómo si lo mejor del Siglo de Oro no se hubiera hecho clásico precisamente por su autonomía, por su arisca independencia de todo modelo que no fuese la vida misma!...

Pero, ¿qué quiere usted, ese conservadorismo tan común en otros aspectos de nuestra vida social, es una de tantas actitudes miméticas como produce la ineptitud. ¿No le habrá dado García Calderón excesiva importancia? ¿No se la estaremos dando todos?

Ventura, desde luego, se ha hecho inexpugnable con el argumento de que, a la postre, este castellano «antiasmático» de nuestros Azorín, Valle-Inclán o Miró no es otro que el muy sabroso y añejo de *La Celestina*. Pero esa sanción histórica, que se nos da por añadidura, acaso sea comprometido invocarla. No conviene embarazarse—argumentativamente al menos—con respetos al pasado, por muy áureo que éste sea. Debemos reclamar absolutamente para cada época lo suyo. Así yo hubiera ido todavía más lejos, porque pienso que aunque nuestra manera literaria actual no contase con esos antecedentes ejemplares, aún tendríamos derecho a ella en nombre de la nueva sensibilidad y de la nueva experiencia a que responde.

Dicen que hay que respetar «el genio» de nuestro idioma, y yo lo admito si por «genio» hemos de entender objetivamente su sintáxis, la escueta gramática. Pero otra cosa, no. Si el tal genio fuese un tono interior, un *animus*, una disposición subjetiva, yo me sentiría totalmente anárquico, pues mi «romántica rebeldía» me lleva a reinvidicar, sobre todo otro carácter substancial, la privanza inalienable de cada temperamento. Escribir honradamente: eso es todo.

La tacha de «afrancesamiento» con que el sabio Fitzmaurice-Kelly despachaba a García Calderón es viciosa, y todos los jóvenes, con más o menos mérito y merecimiento, la hemos padecido. Pero es una etiqueta como otra cualquiera, y no tiene otra justificación que el afán metódico de esos archiveros literarios. Revolvámonos también contra la intolerancia hacia el trasiego comedido de idioma a idioma. ¿No adoptamos del extranjero, para lo demás de nuestro vivir, costumbres, aparatos, leyes? ¿Por qué no vivas y eficaces maneras de decir que carezcan de parejo sustituto en nuestra habla?

De ésta, que algunos llamarán actitud anárquica, yo sólo reservaría la gramática como única norma: y eso, porque ella se encarga de evolucionar por su cuenta, como lo sabe cualquiera que conozca algo la morfología del idioma; pero todo lo que no violenta la técnica actual del decir, me parece que puede y debe utilizarse en bien de la lengua misma, hartamente necesitada de viajar y ver mundo. Lo demás,

repito, creo que es cuestión de sinceridad, de exactitud y de buen gusto.

En fin, con todo y el mucho respeto que conservo a la provechosa labor de aquel erudito hispanista que fué Fitzmaurice-Kelly, déjeme que felicite también a García Calderón por el—¿diremos civismo? ¿diremos la sana herejía?—de pronunciarse en su contra. Los que nos hemos disciplinado en universidades extranjeras sabemos qué suerte de bien intencionada pero estrecha dictadura—con boicotaje y lista negra—suele ejercer en ellas el criterio y el gusto de los *scholars* y *savants* correspondientes de la R. A. E. ¡Hay cada libro de texto, y con tales exclusiones!

Dispénsame usted en gracia al rigor, querido García Monge, que aunque abogando por la economía en el estilo, no haya sabido ser más breve; y sígame teniendo por su más fervoroso y agradecido amigo.

JORGE MAÑACH

(Diario de la Marina, Habana).

## Se reanudan las ediciones del "Convivio"

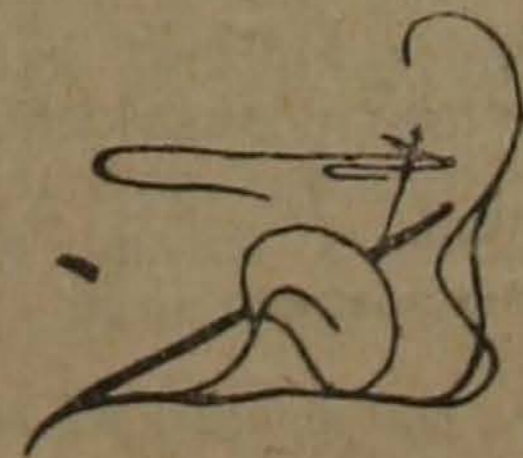
Como suplemento al REPERTORIO AMERICANO, y sin que ello implique erogación nueva para los suscriptores, seguirá editándose *El Convivio*. Lo haremos con la frecuencia que nos sea dable, o que nuestros recursos permitan.

Hay en todas las literaturas, antiguas y modernas, escrituras cortas famosas que pueden reproducirse para deleite y enseñanza perdurables de los amantes de las bellas y buenas letras. Más adelante nos será muy grato saber que nuestros amigos y favorecedores han coleccionado, y releído, los pliegos del *Convivio* que ahora con tanto cariño pondremos en sus manos.

Por aparte, se admiten suscripciones al *Convivio*. Bondadoso lector, si sabe de alguien que así lo desea, sírvase darnos su nombre y señas. En tal caso, cobraremos por pieza completa, esto es, por el cuaderno de 32 o más páginas, la suma de ₡ 0.50.

Daremos luego principio a la nueva serie con el *Rubayát* de Omar Kheyán, en elegante y fiel traducción directa del persa hecha por nuestro excelente amigo y colaborador, D. Ventura García Calderón.

Seguiremos luego con el famoso *Elogio de Leonardo*, de Lugones. ¡Y así, con tantas otras páginas de hondos pensamientos y sentires que para ennoblecimiento espiritual del hombre, por fortuna escritas están!



## Dos capítulos<sup>(1)</sup>

=Del folleto *Lucha por la cultura*, por JUSTO C. FACIO, San José de Costa Rica. 1923.=

### XIII

No pocos han sido en verdad los escritores hispanoamericanos de nombradía que, mediante el influjo de un arte literario superior, han contribuido a hacer que la mentalidad de las generaciones juveniles tome rumbos orientados hacia los idealismos en que la humanidad soñadora de todo el globo se complace; no tiene duda, fuera de esto, que aquí, en Hispanoamérica y en esta hora de crisis, se desenvuelve una civilización informada por ideas que determinarán actitudes singulares en nuestra vida, en nuestra conducta y en nuestras aspiraciones de pueblo abocado a grandes destinos; tiene para nosotros una importancia enorme, por consiguiente, seguir el movimiento ideológico iniciado y proseguido sin interrupción por esas inteligencias conductoras a quienes la naturaleza ha dotado de alas potentes para llevar en triunfo su pensamiento a través de las cumbres andinas; fuéranos negado, con todo, seguir ese movimiento en favor de los intereses indo-españoles a no contar con el auxilio de la cultura literaria, que aun las naturalezas impotentes o empedernidas torna sensibles a las sugerencias del arte. Ha sido así, mediante esa forma de tácita cooperación intelectual, como el pensamiento criollo ha llegado a organizarse en nuestra joven América hasta venir a formar escuela específica de americanismo, en donde se moldea el carácter que mantiene de pie a estos pueblos frente a las acechanzas de que se ven rodeados.

Estos escritores hispanoamericanos han sido así los voceros del país o de la raza al pregonar altamente los dones que para todos guarda en su seno fecundo e inagotable el paraíso de América; pero es más generoso aún su papel de soñadores y videntes cuando nos hacen reparar en que el siniestro coloso atisba la hora negra de una imprevisión o de una locura para meterse en nuestra pobre casa so pretexto de poner orden en ella. Sin duda alguna, la voz que de antaño apellida acercamiento entre las naciones del continente, más premiosa hoy, ha cobrado vigor y prestigio ante las agitaciones con que el viejo mundo ensaya torpemente un acomodamiento al orden de cosas que impuso la guerra; la situación actual de los pueblos se ha complicado con anomalías que son una espera perturbadora en el camino de las soluciones; porque es notorio que bajo la presión libertaria de los recientes acontecimientos mundiales, ha estallado en las conciencias la decisión de sustraerse a las actuaciones oscuras por las cuales se regía la humanidad, supeditada a una especie de fatalismo histórico, cuya fuerza constrictora no parecía fácil romper; los problemas europeos son hoy también problemas hispanoamericanos, sencillamente porque ningún pueblo podría permanecer hoy en día, aunque así lo pretendiera, extraño al movimiento en que cada cual lucha por asegurarse «su puesto bajo

el sol», conforme al espíritu de esa frase expresiva y célebre hoy en la lengua de las naciones. No hay manera de alcanzar un progreso efectivo, fecundo y estable ínterin la sociedad no posea una amplitud de visión en que quepan puntos de vista que no son precisamente los propios; ninguna labor de progreso puede realizarse aisladamente; esto es, sin la concurrencia simpática de los otros pueblos civilizados. Es por esto singularmente generoso y, por generoso, en igual medida plausible, el gesto de los intelectuales que, con la antorcha del pensamiento en la mano, marchan delante de nosotros iluminando los senderos del espíritu por los cuales nos aventuramos en busca de aquellas divinas entelequias que nos atraen a distancia con las alucinaciones más puras de lo bello, de lo elevado y de lo justo. En esa tarea sublime vemos empeñados ahora a escritores tales como el viejo y muchas veces ilustre Enrique José Varona, Ingenieros, Lugones, Blanco Fombona, Sanín Cano, Vasconcelos, Ventura García Calderón, Francisco García Calderón, Salvador Mendieta, Masferrer, Manuel Ugarte, Jacinto López,—el valiente campeón de todas las buenas causas,—porque sobrado bien saben estos pensadores eximios, en cuya personalidad se desdobra el hombre de letras, tal vez, el artista literario, que «los problemas ideales llevan consigo la fuerza emancipadora de las almas y de los pueblos». En escritores como éstos, a lo que dice Unamuno, «pensar es una verdadera función social».

En esa lista gloriosa, que, por de contado, no tenemos por completa, ocupa lugar honroso, a justo título, nuestro Roberto Brenes Mesén, radicado hoy en una villa universitaria del Norte, en donde enseña y estudia, y desde la cual nos envía a intervalos las palomas azules de su pensamiento, con mensajes henchidos de una bella y luminosa exaltación espiritual. Cerebro bien nutrido de conocimientos, carácter de acero bien templado, temperamento de artista, la mentalidad de Brenes Mesén descarga siempre el foco de sus luces vibrátiles sobre cuestiones de esas que implican un problema para los intereses de la cultura espiritual, que tantos aspectos tiene; así es cómo este vigoroso escritor, bien conocido y apreciado en Hispanoamérica, nos ayuda a encontrar el camino que por largo tiempo tal vez hemos buscado inútilmente en la oscuridad o en la incertidumbre de nuestro pensamiento. Un escritor y un artista que nos deleita y que nos hace pensar,—eso es Roberto Brenes Mesén.—Pero aquí mismo, en el patrio terruño, entre nosotros, tenemos a Joaquín García Monge, este apóstol de la cultura nacional, que sólo con su palabra, con sus escritos y con sus portes tendría ya hartos para adoctrinar a las juventudes agrupadas en derredor suyo, siempre en espera ansiosa de la lección edificante y oportuna; no contento con servicio de tanta cuantía, este sembrador infatigable lanza publicaciones tras publicaciones a la avidez de las mentalidades noblemente preocupadas por atesorar ideas; entre todos esos agentes de cultura, el REPERTORIO AMERICANO es el instrumento que de preferencia utiliza García Monge para llevar a cabo sistemáticamente su labor de hispano-americanismo; ese interesante digesto nos brinda semanalmente con reproducciones en que, por alguna de sus múltiples fases, se contempla el porvenir hispanoamericano, y en que se les dirige a los jóvenes

(1) Véase la entrega antepasada, N° 16 del tomo en curso.

llamamientos insistentes al ejercicio de las virtudes por las cuales Castilla, cuna de nuestros mayores, ganó antaño tierras y gloria; sólo que, por natural concesión a las exigencias de los tiempos, pedimos hoy que las virtudes de la raza se ejerciten en la realización de ideales, si menos heroicos, más conformes con los principios de equidad y de justicia que, por un esfuerzo común, cada vez más tenaz, deben trascender provechosamente a las relaciones sociales.

En cuanto a la parte modesta que a los costarricenses nos ha tocado en esa campaña americanista, no está aquí fuera de propósito traer a cuento la encuesta por medio de la cual el joven filósofo don Moisés Vicenzi se propone fijar el pensamiento de los intelectuales hispanoamericanos sobre cuestiones que, resueltas o implantadas, constituirían un fuerte lazo de unión entre los pueblos indo-españoles del continente.—Independientemente del resultado positivo que a la larga podría obtener, la encuesta responde desde luego a una grave preocupación de los ánimos, y que es así lo prueba el que haya sido contestada, con clamorosa simpatía, por escritores de aquí y de allá, sin que en esa cortés actitud haya dejado de influir el nombre ya prestigioso del joven intelectual costarricense,—cultivador de las humanidades en una de sus formas más elevadas,—la filosofía.—Corroboración nuestra tesis la colaboración prestada al REPERTORIO AMERICANO por otro distinguido intelectual costarricense,—el joven abogado don Manuel Sáenz Cordero, quien en diferentes estudios, muy estimables todos, ha dilucidado la situación precaria de estos pequeños países frente a los amagos de intervencionismo que sobre nosotros proyecta sus sombras desde las frías y tétricas nebulosidades del Norte.—A la pluma sagaz y razonadora de este americanista se debe un proyecto, muy discutido aquí, en que se plantea discretamente el modo de asegurarle a Costa Rica una forma de neutralización continental gracias a la cual se viese al margen de odiosas acechanzas.

Muy semejante al REPERTORIO AMERICANO en lo que toca a sus tendencias y, por consiguiente, a su espíritu, el eminente poeta centroamericano Froylán Turcios edita en Honduras una revista titulada *Hispano-América*. Durante largos períodos, Turcios ha sido un infatigable y esforzado trabajador de las letras,—primero con *Esfinge*, ahora con el *Ateneo de Honduras*: la publicación de *Hispano-América* amplía al presente la órbita de sus nobles anhelos continentales; la nueva revista «es un resumen de textos relativos a la defensa de los intereses hispano-americanos y, de manera especial, de los que se refieren a la autonomía y unión de los cinco estados que constituyen nuestra patria. Así, en estas páginas sonarán las grandes voces del continente»; esto decía *Hispano-América* al tender el vuelo en 1922. He aquí, pues, cómo esta valiente campaña de precauciones y de defensa es obra exclusiva de los intelectuales; pero dejemos establecido, una vez más, que la eficacia de esa generosa labor proviene en gran parte de la cualidad poética con que el elemento literario embellece las frías y toscas lucubraciones del pensamiento, el cual sólo se impone, sólo triunfa cuando, por virtud suprema del arte, cobra a nuestros ojos un tinte sugestivo, un color ideal.—Este

es el aspecto que corresponde a la producción; también la cultura literaria torna el ánimo sensible al poder de las ideas, por donde puede decirse que, bajo esa influencia magnificadora, el hombre educado posee una nueva y alta capacidad.—Pues bien, contra esa cultura, fuente de nobles sentimientos, de elevadas ideas y de generosas resoluciones, conspiran los políticos de estrecha mentalidad que, ahora, en pleno siglo xx, planean programas en que, como capítulo de gobierno, aparece la transformación de los colegios actuales en planteles mecanicistas de entrenamiento vocacional.

JUSTO A. FACIO

## Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Hugo de Barbagelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosistas uruguayos) . . . . .	₡ 7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i> . . . . .	1.00
Paul Gerdary: <i>Tú y yo</i> . . . . .	1.00
Homero: <i>Ilíada</i> (2 tms., pasta) . . . . .	6.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom., pasta) . . . . .	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tom., pasta) . . . . .	3.00
Plutarco: <i>Vidas Paralelas</i> (2 tms., pasta) . . . . .	6.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta) . . . . .	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i> . . . . .	1.25
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i> . . . . .	0.75
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tom., pasta) . . . . .	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i> . . . . .	2.25
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i> . . . . .	1.50
Homero: <i>Odisea</i> (1 tomo pasta) . . . . .	3.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i> . . . . .	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i> . . . . .	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i> . . . . .	2.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i> . . . . .	2.25
Luis Carlos López: <i>Por el atajo!</i> . . . . .	4.00

Pase a ver el gran surtido  
de

**CASIMIRES INGLESSES**

de último estilo que acaba de recibir y vende  
a precios módicos

la

**SASTRERIA AMERICANA**

de

JUAN PIEDRA Y HERMANO

Frente al Hotel Francés

LOS TRABAJOS DE ESTA SASTRERIA  
SON GARANTIZADOS

LARGA PRÁCTICA EN NUEVA YORK

LADIES AND GENTLEMEN TAILOR

English spoken

# Anatole France

(De Revista de Revistas, México, D. F.)

1

DEPLORAN las letras latinas la muerte de Anatole France. Era el más grande de sus héroes. Tenía todos los prestigios que hacen de un hombre el símbolo de una época, esta edad nuestra que marca, como diría Spengler, «la decadencia de occidente». En France hay que distinguir, primeramente, al escritor, al literato, al prosador incomparable; después, al pensador ingenioso y sutil, «ondulante y diverso» como dijo Montaigne, y, por último, al filántropo, al socialista generoso amigo de los hombres.

2

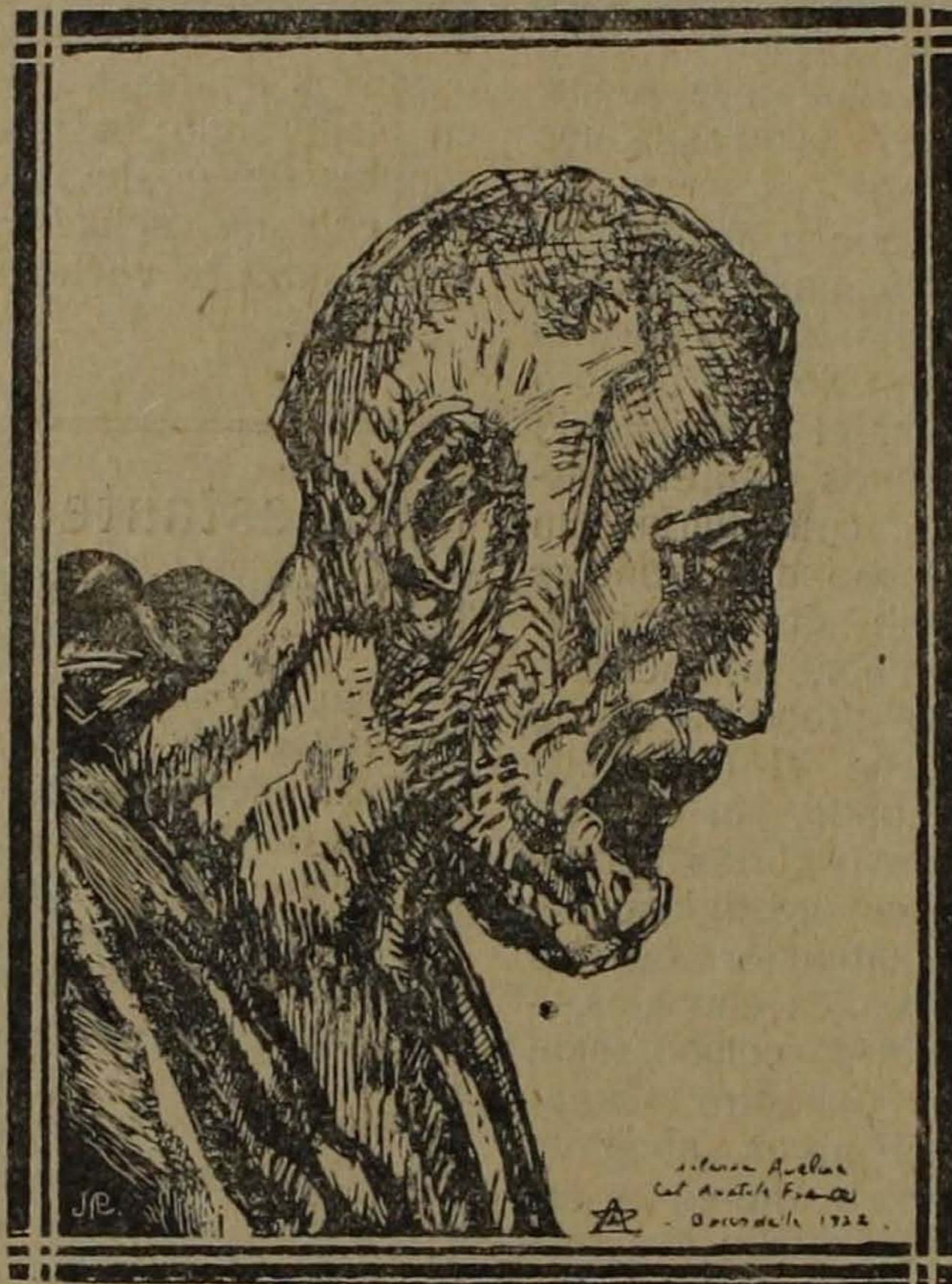
El escritor tiene pares, pero no maestros en los fastos literarios de Francia. Su prosa es de una desesperante perfección. Matizada con todos los secretos y los idiotismos de la lengua, nutrida asimismo con el culto de las lenguas clásicas, bella como el alma francesa, desenfadada y originalísima, ocupa ya, de pleno derecho, su sitio de honor junto a los monumentos de la prosa de Francia: los *Dramas* y los *Diálogos* de Renán, las *Cartas* de Voltaire, y los *Ensayos* de Montaigne.

3

Porque esta prosa de France llegó a ser un útil maravilloso de la plasticidad del espíritu moderno, y en ella, con la «difícil facilidad» que encomian los viejos tratados de retórica, se movió con libertad inaudita el ingenio de uno de los hombres más ingeniosos del mundo. ¡Como que si alguna vez fué la expresión artística prolongación no más de la agilidad de un espíritu, fué en esta noble lengua en que quedan escritos, para durar tanto como el francés mismo, el *Jardín de Epicuro* y *La Rebelión de los Ángeles*.

4

Los moralistas franceses son los pensadores populares de Francia, los educadores de la raza, los maestros de su civilización tradicional, los héroes de su evolución creadora, cultural y colectiva, los definidores de su personalidad. La descendencia filosófica y literaria de Montaigne constituye el prestigio más noble de las letras vernáculas. Los grandes mo-



Anatole France

Retrato del escultor  
ANTOINE BOURDELLE.

humildes. Alcanza a este irónico maestro la bienaventuranza del Evangelio. ¡Cómo no!, si en un mismo párrafo donosísimo dijo su amor a las violetas inmortales de Atenas y a la piedad redentora de Jesucristo. ¡Como no!, si heredó de Renán el arte supremo de amar las cosas religiosas sin sobresaltos ni éxtasis, sin rencores ni deliquios místicos, sino con la acuciosidad y la simpatía universal del crítico y del humanista.

6

Gustad de su piedad reverente y bondadosa, pero siempre libre y ecuánime, piedad que es buena, «pero no demasiado», en estas cuantas líneas del *Jardín de Epicuro*: «Tengo el honor de conocer a la Superiora de una Comunidad, cuya casa matriz está en París. Es una buena mujer que me inspira sincero respeto. Referíame hace poco tiempo, los últimos momentos de una de sus religiosas, que conocí en el mundo risueña y bonita, y que fué a extinguirse, enferma de tisis, al convento.

«Tuvo una santa muerte, me dijo la Superiora. Se levantó de su lecho en cada uno de los días de su larga enfermedad, y dos hermanas conducíanla a la capilla. En ella, oró la mañana del día de su liberación. Un cirio que ardía ante la imagen de San

(Pasa a la página 286).

ralistas, perspicuos exploradores de almas, jueces imparciales de actos y propósitos humanos; irónicos siempre, sin hipocresía, sin llanto, sin *humour*, sin nada germánico ni inglés, sino con la ironía purísima que es casi solamente idea que se irisa leve, de emoción contenida en impecable forma; los grandes moralistas, psicólogos perfectos (Nietzsche decía: ¿Habrá psicólogos fuera de Francia?), se van llamando, en el Renacimiento, Montaigne; en el siglo xvii, Pascal, La Rochefoucault y La Bruyere, en el xviii, Voltaire; en el xix Renán y Anatole France.

5

Y del propio modo que Voltaire combatió por los débiles y los perseguidos, con la misma pluma diabólica que trazó las páginas del *Cándido*, así su descendiente espiritual rompe una y dos lanzas por la Libertad y la Justicia, por el acercamiento de las gentes y el triunfo de los

## Una figura excepcional: Delmira Agustini y su poesía

(De *La Nación*, Buenos Aires).

Montevideo, setiembre 1924.

**D**ELMIRA Agustini no ha muerto. Vive en sus hondas poesías inmarcesibles, que es tanto como vivir en el corazón de sus admiradores, y vive en aquella casa de donde fué sacado su cuerpo, ya va para diez años, pero donde quedó prendida su alma, que nosotros acabamos de encontrar. Dos padres amorosos consagran su existencia a recordar la excepcional criatura que se fué. Unas manos fraternas coleccionaron, y revisan de tiempo en tiempo, borradores indescifrables. Toda la casa está llena de su espíritu. Delmira Agustini vive, domina, preside los aposentos...

### El cadáver de la poetisa

Nosotros la vimos, dentro del ataúd, en esta sala ensombrecida, que huele a humedad porque siempre permanece cerrada. ¡Con qué emoción hemos vuelto a entrar en el aposento! Recordamos la mañana en que viniéramos hasta aquí, visitando la capilla ardiente. El balcón estaba cerrado; por el montante, entraba la luz gris y destemplada de la calle; el ataúd, de madera negra, con adornos de metal plateado, elegante y severo, descansaba sobre un pie sencillo. Tenía vidrio hasta cerca de la mitad solamente. Atraídos, más que por la fama, por la extraña muerte (todo un trágico desenlace de novela pasional), entraban curiosos de continuo. El cuerpo de la poetisa desaparecía bajo gruesos pliegues de faya negra, con un sutil bordado blanco. Era el 7 de julio de 1914, la época en que las flores escasean más. Apenas si un ramo de junquillos y otro de violetas sahumaban por cima de la estatuaría cabeza genial. El rostro aparecía acardenalado y exangüe. Su frente, amplia y noble, era un rancio marfil. Los párpados, de largas pestañas sedeñas, velaban aquellos ojos azules, que una vez que se veían, ya no se olvidaban más, unos ojos grandes, asombrados, «vacantes», que dicen los ingleses, porque perciben la vida interior más que el panorama externo. Con la muerte, la boca era más mística, más asexual. Los cabellos, bajo la cofia negra, desaparecían, pero no en absoluto: un mechón undoso, brillante, fragante, íbale hasta el cuello como una sierpe que buscara la garganta nívea. Ocultas estaban las manos, armoniosas, liliales, de largos dedos afilados, el índice casi tan largo como el del corazón: signo inequívoco de poesía. (También en



Delmira Agustini

los dedos de aquel gran lírico que fué Herrera y Reissig podía notarse esa peculiaridad). ¿De quién eran las manos que cantó Delmira en esta forma?:

Manos que sois de la Vida,  
manos que sois del Ensueño:  
que dísteis toda belleza,  
que toda belleza os dieron;  
tan vivas como dos almas,  
tan blancas como de muerto,  
tan suaves que se diría,  
acariciar el recuerdo;  
vasos de los elixires,  
los filtros y los venenos;  
manos que me dísteis gloria.  
Manos que me dísteis miedo;  
con finos dedos tomásteis  
la ardiente flor de mi cuerpo...  
Manos que vais enjoradas  
del rubí de mi deseo,  
la perla de mi tristeza,  
y el diamante de mi beso:  
¡Llevad a la fosa misma  
un pétalo de mi cuerpo!  
Manos que sois de la Vida,  
manos que sois del Ensueño.

¿Cómo olvidar estos versos ante el cadáver de la gran poetisa, semioculto bajo los largos pliegues de la faya, que no dejaban ver más que el rostro pálido, monjil, un poco amoratado por los balazos?... ¡Qué triste era todo! En torno al féretro temblaba la luz de los blandones. Y al temblar, irisaba el vidrio y las aristas del ataúd; ponía tonos cambiantes de nácar en la pálida tez de la niña.

Cerca estaba «mudo el teclado de su clave sonoro», y más allá, siempre como en el verso de Darío, «en un vaso olvidada» languidecía una flor. Veíanse los cuadernos de música que la excelsa artista hojeó; los cuadros que Delmira pintara; sus bordados prolijos; las leves maderas que llenó hábilmente con calados de filigrana... Por allí y acullá retratos de Rubén Darío, de Herrera y Reissig, de Nervo, de Blixen...

### Diez años más tarde

Diez años después, hemos vuelto a la casa. Falta en la sala aquella figura, dulce y extática, que semejaba una santa al reposar en el ataúd. Pero permanecía incambiado todo lo demás: el piano, cuyas teclas acariciaron largamente sus dedos; los cuadros que pintó para escapar al peso doblegante de sus ideas geniales, sus bordados, sus marquitos de madera calada... Y su muñeca, aquella muñeca que le compraron los padres cuando Delmira cumplió cuatro años, y que conservó siempre, porque, en su inmensa bondad, ni siquiera fué capaz de «hacerles daño» a las muñecas...

En el comedor, prolongando la velada, con el miedo al insomnio, a ese terrible insomnio que se padece en la casa desde que quien resultara su alegría y su gloria se fué, hallábanse los padres de Delmira. El Sr. Agustini, con el alma desgarrada, pero sobreponiéndose al dolor, daba ánimos a la afligida compañera, menos hábil para ocultar sus sufrimientos, que suspiró y nos dijo:

—¿Ustedes habían tratado a mi hija?...

Pudimos contestarle afirmativamente. Porque si algún poeta ha dejado el alma, toda su alma, «nada más que toda su alma», como diría Unamuno, en las cuartillas, ese poeta es Delmira Agustini. Veámosla debatirse, torturada y trágica, en este soneto, una de las composiciones más hondas, más grandes que han podido escribirse en el mundo:

Yo me muero extrañamente... No me mata la Vida,  
no me mata la Muerte, no me mata el Amor;  
muero de un pensamiento mudo como una herida...  
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor,  
de un pensamiento imenso que se arraiga en la vida,  
devorando alma y carne y no alcanza a dar flor?  
¿Nunca llevásteis dentro una estrella dormida  
que os abrasaba enteros y no daba un fulgor?...  
¡Cumbre de los Martirios!... ¡Llevar eternamente,  
desgarradora y árida, la trágica simiente  
clavada en las entrañas como un diente feroz!...  
Pero arrancarla un día en una flor que abriera  
milagrosa e inviolable!... ¡Ah, más grande no fuera  
tener entre las manos la cabeza de Dios!

### La infancia de Delmira

Un notable lírico, muerto hace poco tiempo, Fernando Maristany, que tenía de la poetisa uruguaya una idea muy errónea, leyó *Los cálices vacíos*, con ánimo de ofrecerle al público luego una selección. Y no pudo por menos de asombrarse, escribiendo desde su retiro barcelonés: «En ella (en Delmira) se transparenta su inquietud dolorosa de la carne, del pensamiento—evoquemos la lírica de Nietzsche,—del alma entera. Delmira siente el furor de vivir totalmente por los sentidos, totalmente por el pensamiento, totalmente por todas sus potencias, de vivir *totalmente*». Maristany, en un juicio breve e intenso, concluye afirmando: «Y tan enormemente doloroso debió serle ese anhelo exacerbado—(anhelo, digamos de paso, casi puramente anímico en la bellísima obra de Rosalía de Castro)—que su producción de muchacha burguesa tomó espontáneamente forma artística, hasta llegar a las sublimidades del sentimiento, trascendentalizadas en sublimidades del pensamiento, sobrepujando la obra de casi todas las poetisas del mundo». Y fué Maristany uno de los mejores conocedores—y traductores—de la poesía universal.

En rigor, la obra de Delmira Agustini puede decirse que está definitivamente juzgada. Rubén Darío no pudo leer sus primeros versos sin acordarse de Santa Teresa de Jesús. «De todas cuantas mujeres hoy escriben en verso—dijo allá en París—ninguna ha impresionado tanto mi ánimo como Delmira Agustini, por su alma sin velos y su corazón de flor». Salvador Rueda asombrábase: «Su sensibilidad es maravillosa, así como su instinto del idioma castellano». Rafael Barret, tras de gustar los primeros versos, augurábale a la joven uruguaya una gloria equivalente a la que tenía en Francia Madame de Noailles. Pero, en su iniciación, nadie avaloró mejor el nuevo

numen que Eduardo Acevedo Díaz, expresando: «...el sáfico formidable de Delmira va más allá de las formas que da el talento y entra en el dominio de la inspiración genial». ¡Genial, éste es el término que se impone considerando a la poetisa! Ella, desigual, imperfecta a veces, es la figura femenina más grande que ha florecido en el arte de América.

Ahora bien: ¿cómo se formó ese valor inmenso? Del modo más natural y normal. Nosotros lo vamos a sugerir.

En Delmira Agustini coincidieron rasgos típicos de razas admirables. Su abuelo paterno era francés y el materno alemán. Las abuelas nacieron en la Argentina y el Uruguay, respectivamente. La ascendencia de la abuela paterna fué italiana. Así Delmira tuvo en su espíritu la fluidez francesa, la grandeza sajona, la imaginación meridional y el perfume selvático de la libre América. Algo de esto que nosotros revelamos hoy, no lo vió claro Unamuno hace doce o catorce años leyendo uno de los primeros libros: *Cantos de la mañana*.

Don Santiago Agustini se casó por amor en el año 1882. Su joven compañera, entonces de una sugestiva belleza, había nacido en Buenos Aires. El matrimonio tuvo un varón, lo que contrarió, con esa contrariedad pasajera de las recién casadas, a quien soñaba con peinar los bucles de una blonda niña. Pero llegó ésta cuatro años más tarde. Era de ojos azules, muy blanca, muy sana, con algo de walkyria. La casa fué chica para albergar el regocijo, la ventura de todos. A los seis meses su desarrollo engañaba a los que la veían; a los nueve pronunciaba palabras enteras; poco después de los diez caminó... Tuvo la precocidad de los genios. A los dos años, viendo estudiar al hermanito, deletreaba; a los cuatro escribía; a los cinco bordó un mantel que conserva, como una joya, la familia. Al referirnos todo esto, la madre se franquea:

—No incurro en trivial vanagloria. Yo afirmo que mi hija fué excepcional. No jugó nunca, o pesar de que tenía en casa al hermanito. Su seriedad desconcertaba. Desde los tres años yo la recuerdo sentada junto a mí, cosiendo y haciendo zurcidos al principio, luego bordando...

No fué a colegios. A los siete años la mamá se ocupaba de su instrucción. Mujer ilustrada, realmente culta, enseñó a leer y escribir correctamente a la niña, se preocupó de familiarizarla con todas las materias imprescindibles, sin excluir la aritmética. Pero, hija de alemán, un alemán artista, la señora de Agustini le buscó a su hija una buena maestra de piano. Madame Bemporat, que éste es el nombre de la profesora, fué la primera persona, aparte de la familia, que aseguró como Delmira era una inteligencia excepcional.

Nosotros, ávidos por descubrir la psicología de tan extraordinaria criatura, hemos preguntado:

—¿Era muy sensible desde pequeña?

—Mucho—nos dice la mamá.

—¿Se afectaba cuando la reprendían?

—¿Reprenderla?...—y las tristes pupilas, más brillantes con el dolor de la evocación, se asombran: ¡Nunca hizo nada pará que la reprendiéramos! ¡Jamás la reprendimos!

Estas expresiones traslucen bien lo que fué Delmira Agustini en su hogar, bastante más que una niña mimada: un verdadero ídolo.

## Las primeras poesías

Hogar sencillo, pero acomodado, donde no preocupaba el logro de más bienes materiales, dábale enorme importancia a lo espiritual. De ahí el entusiasmo con que la señora de Agustini, más comprensiva por mujer y por hija de artista, alentó los primeros balbuceos literarios de la niña. El esposo la secundaba pronto. El trato entre aquellos seres era cordial, exquisito. Delmira, aunque con poco orden, leía mucho. Dominaba el francés a la perfección. Aquellos tiempos—con no estar muy lejanos—diferían harto de los actuales, pues la mujer montevideana, en general, salía poco a la calle. Los transeúntes veían por las tardes a la madre y la hija abrazadas, en el balcón. Este amor por la madre se descubre en unos versos admirativos que Delmira Agustini escribió, para un álbum, cuando tenía once años. (¡Once años!, nótese bien):

Cuando abriendo tu boca perfumada,  
la voz dulce y perlada  
de tu bella garganta haces brotar,  
en voces de sirenas ideales,  
y en arpas de sonidos celestiales,  
a mí me hacen pensar.

Cuando miro tu cuello alabastrino  
y tu cuerpo divino  
que al de Venus, la diosa, ha de igualar,  
del mármol la blancura,  
y del cisne la olímpica figura,  
me haces recordar.

Cuántas veces, ligera como un hada,  
te he visto yo ocupada  
en las dulces tareas del hogar;  
y entonces a mi madre,  
y a Carlota, de Werther heroína,  
me has hecho recordar.

La adoración de la señora de Agustini y su hija fué tan grande siempre que, cuando se casó Delmira, el esposo de ésta le reprochaba: «Parece que estuvieras enamorada de tu madre». Y llegó a tener celos de la señora, no descubriéndole a la joven ningún galanteador. La señora de Agustini correspondía bien a aquella pasión filial. Veló siempre el sueño de la niña, máxime cuando, ya consagrada poetisa Delmira, despertábase tarde, pues sus poemas los hacía en la cama, apoyando las carillas en la mesa de luz, durante altas horas de la noche y aun de madrugada. Estos insomnios han quedado magníficamente descritos en sus versos. Y mejor que en ningún otro poema, en su *Nocturno*, que es una obra maestra:

Fuera, la noche en veste de tragedia solloza,  
como una enorme viuda pegada a mis cristales.  
Mi cuarto...  
Por un bello milagro de la luz y del fuego,  
mi cuarto es una gruta de oro y gemas raras.  
Tiene un musgo tan suave, tan hondo de tapices,  
y es tan vívida y cálida, tan dulce que me creo  
dentro de un corazón...

Mi lecho que está en blanco, es blanco y vaporoso  
como flor de inocencia,  
¡como espuma de vicio!  
Esta noche hace insomnio;  
hay noches negras, negras, que llevan en la frente  
una rosa de sol...  
En estas noches negras y claras no se duerme.

¡Y yo te amo, Invierno!  
Yo te imagino viejo,

yo te imagino sabio,  
con un divino cuerpo de mármol palpitante,  
que arrastra, como un manto regio el peso del Tiempo...  
Invierno, yo te amo y soy la Primavera...  
Yo sonroso, tú nievas:  
tú porque todo sabes;  
yo porque todo sueño...  
...¡Amémonos por eso!...  
Sobre mi lecho en blanco,  
tan blanco y vaporoso como flor de inocencia;  
como espuma de vicio,  
Invierno, Invierno, Invierno,  
caigamos en un ramo de rosas y de lirios.

La señora de Agustini, arreglando la casa, de puntillas para no despertar a la «bella durmiente», sufría y gozaba con el divino tormento de su hija. ¿Qué versos habría compuesto aquella noche?... Cuando, al fin, los pasos de Delmira sonaban triunfales en el cuarto, la madre, embebecida, aguardaba la aparición:

—¡Por fin salió el sol!...

Y la colmaba de besos. Parece que el hacer poesías fué en la gran poetisa una cosa espontánea. Cuando los padres descubrieron los primeros versos, sorprendíanse:

—¿Tú has hecho esto?

—Sí.

—¿Y cómo no decías nada?

La niña se sinceró:

—Porque yo pensaba que esto era una cosa que hacía toda la gente.

Se recuerda su temprana afición a las palomas, a las que había escrito la primera poesía que descubrió la familia, teniendo la niña siete años. A los diez, con la pasión por las flores, hizo esta página que va a ser incluida en *El Rosario de Eros*, libro singular que, con toda la producción que había quedado inédita, está imprimiendo el editor Maximino García:

Hay belleza en el lirio immaculado,  
de majestad emblema;  
hay belleza en el cáliz nacarino  
de la blanca azucena;  
hay belleza en la rosa purpurina  
y en el albo reseda;  
hay belleza en la nítida corola  
de la nivea camelia;  
hay belleza en el pálido junquillo  
y en la suave diamela;  
hay belleza en el triste pensamiento  
y... no hay flor en la cual no haya belleza;  
pero hay una que es flor entre las flores  
con ser la más modesta,  
una flor de fragancia incomparable,  
delicada y pequeña,  
una flor que en un lecho de esmeraldas  
oculta su belleza,  
una flor que un encanto misterioso  
en su cáliz encierra,  
un encanto ideal, indefinible,  
que no hay flor que contenga,  
una flor, para mí, como ninguna,  
una flor que se llama ¡la violeta!

En esta página que, como decimos, fué escrita a los diez años, y que va a ir ahora a libro por primera vez, asombra la precisión de los adjetivos. Hay que creer, como advertía Salvador Rueda, que Delmira Agustini tuvo siempre la intuición del lenguaje.

Violetas, y un ramo de junquillos, fueron las flores que perfumaron su ataúd. No porque las eligieran

manos devotas, recordando sus preferencias, sino porque la arrogante vida fué tronchada, en la forma más brutal, en aquel triste invierno, a tiempo que florecían las violetas.

### Temperamento, gustos e influencias

En general, Delmira Agustini logró hacer todo cuanto se proponía, fuera en el piano, junto a las cuartillas o sobre el bastidor de bordar. Era muy temenina. A los doce años dominaba la música clásica, pasándose hasta tres horas seguidas con los ejercicios de piano. Fué a los 16, cuando con una gravedad impropia de su juventud le confesaba a lamadre:

—Voy a dejar todo para dedicarme a escribir. ¡No sé, no sé!... Siento en el alma una cosa que me alegra y me deprime... ¡Creo que voy a poder sacar algo bueno!

Como siempre, tuvo el apoyo de sus padres. La señora Agustini la estimulaba. Vino el leer copiosamente en la cama, el llenar de garabatos que ella sola entendía las márgenes de los libros, el borro- near cuartillas, que luego puso en limpio el padre o el hermano. Delmira tenía una fervorosa devoción artística: Gabriel D'Annunzio. Y varias admiraciones hondas: Rubén Darío y Nervo en París; Herrera y Reissig y Vasseur en el Uruguay.

De todos ellos ha quedado influencia en su obra.

Delmira Agustini no era un temperamento hurraño, aunque tenía horas de religioso recogimiento. Se aisló de las jóvenes de su edad porque se notaba incomprendida, y se apartaba de los suyos en horas que ponía divinamente inquieta el estro. La familia la observaba con amor. Veíanla como distraída, haciendo dibujos sobre un papel o en las páginas blancas de un libro y, de pronto, anotaba frases con celeridad. En esta forma hizo sus admirables composiciones. El primer borrador sólo ella era capaz de entenderlo. Su principal lucha, fué con ella misma, para vencer la facilidad.

—Escribir mucho es fácil—confesaba.— Lo difícil es hacer poco, quedarse sólo con la esencia de lo que se nos ha ido ocurriendo.

Y hace falta realizar un esfuerzo supremo para llegar a síntesis como ésta de *Cuentas falsas* en *El Rosario de Eros*:

Los cuervos negros sufren hambre de carne rosa;  
en engañosa luna mi escultura reflejo;  
ellos rompen sus picos, martillando el espejo.  
Y al alejarme irónica, intocada y gloriosa,  
los cuervos negros vuelan hartos de carne rosa.  
Amor de burla y frío,  
mármol que el tedio barnizó de fuego  
o lirio que el rubor vistió de rosa,  
siempre lo dé, ¡Dios mío!

No ambicionó la celebridad. Trabajó por necesidad anímica, porque érale preciso dar forma a sus sensaciones, porque debía reflejar aquel fastuoso, aquel miliunanochesco mundo interior: su divino tormento. Cuando escribió *El Libro Blanco*, a tiempo que corregía las pruebas, significaba a los suyos:

—Si llegan a comprenderme seis personas, yo me consideraré feliz.

Como gran artista que era—y como niña que nunca conoció la vida—jamás veía la parte práctica de su existencia. Su bondad fué absoluta. Cuando daba una vuelta por el centro, del brazo de su

madre, distribuía monedas entre los chicos pobres con los cuales se topaba. Los vendedores de diarios eran sus protegidos. Viéndoles alegres, volvía a la casa inundada de satisfacción. Era nerviosa, pero sin mal humor. Sus gustos no podían ser más sencillos. Elegía sus vestidos entre los menos complicados. Hace un mes, al revolver sus libros de música, encontramos una esquila. Era de la modista, «retándola», porque no iba a probarse un tapado. Detestaba las alhajas.

En cierta ocasión exigió de sus padres que le compraran un cofrecito, que luego colmó de piedras falsas. Y era uno de sus juegos predilectos apuñar aquellos vidrios policromos que mentían esmeraldas, rubíes, turquesas, jacintos, amatistas... Luego de mirarlos largo rato, los esparcía en la colcha o sobre la mesa, si es que estaba levantada.

—¡Me gustan los colores, el brillo!—decía.

Cuando se iba a casar, los padres le regalaron una esmeralda grande y ella se opuso a que la orlara de brillantes el joyero:

—¡Sola!... ¡Sola!... ¡La quiero sola!...

Fué avara del cariño de los suyos. Si la madre decía alguna lisonja al hijo, exteriorizándole su amor, Delmira, núbil ya, se quedaba herida, mostrando esa envidia, sin egoísmo ni maldad, de las criaturas:

—¿Y yo?... ¿Qué soy para ti?—preguntaba intranquila.

—¿Tú?... ¡Lo primero del mundo!...

Y Delmira respiraba fuerte, anhelante, como si desapareciera de su pecho una cruel opresión. Con los años, se agudizó su pasión por la música. Tocaba a Bach, al Beethoven, taumatargo de las Sonatas... Y sobre todo, soñó despierta con el *Nocturno* de Chopín.

Una vez que aparecieron sus libros, tuvo amigos escritores. Pero su vida fué siempre recogida, íntima...

### La tragedia

Nadie supo decir cómo se hizo de novio, cómo llegó a casarse... Los suyos, que nunca la habían contrariado, ni siquiera lo hicieron para advertirle que el hombre que ella miró no la merecía. Delmira, en esto como en todo, hizo su gusto.

¿Pero fué acaso su gusto?...

Nos resistimos a creerlo. Con su enorme corazón, Delmira sintió piedad por el primer hombre que le confesó su amor. Y se entregó a él. La vida rompió bruscamente su ensueño. Y al mes de casada, en una mañana triste, fría, lluviosa, apareció pálida e inquieta en el hogar paterno.

—¡Mamita, mamita!—y se abrazó a la bondadosa dama.—¡Huí de la vulgaridad!... ¡Ya no me separaré más de ti!... ¡Mamita, mamita!...

Luego... ¡una terrible, una inexplicable tragedia! Detengámonos aquí, respetando el dolor de los suyos, conmovidos ante un sangrante corazón de madre. Baste decir que la señora de Agustini, después de amortajar a su hija, cayó en cama y no pudo abandonar el lecho en ocho largos años.

Los padres de la gran artista sólo viven ahora para el recuerdo.

VICENTE A. SALAVERRI.

# Página lírica

de Delmira Agustini

## MIS AMORES

Hoy han vuelto.

Por todos los senderos de la noche han venido  
a llorar en mi lecho.

¡Fueron tantos, son tantos!

Yo no sé cuáles viven, yo no sé cuál ha muerto.

Me lloraré yo misma para llorarlos todos;

la noche bebe el llanto como un pañuelo negro.

Hay cabezas doradas a sol, como maduras...

Hay cabezas tocadas de sombra y de misterio,

cabezas coronadas de una espina invisible,

cabezas que sonrosa la rosa del ensueño,

cabezas que se doblan a cojines de abismo,

cabezas que quisieran descansar en el cielo,

algunas que no alcanzan a oler a primavera,

y muchas que trascienden a las flores de invierno.

Todas esas cabezas me duelen como llagas...

Me duelen como muertos...

¡Ah!... y los ojos... los ojos me duelen más: son dobles!...

Indefinidos, verdes, grises, azules, negros,

abrasan si fulguran,

son caricia, dolor, constelación, infierno.

Sobre toda su luz, sobre todas sus llamas,

se iluminó mi alma y se templó mi cuerpo.

Ellos me dieron sed de todas esas bocas...

De todas estas bocas que florecen mi lecho;

vasos rojos o pálidos de miel o de amargura,

con lises de armonía o rosas de silencio

de todos estos vasos donde bebí la vida,

de todos estos vasos donde la muerte bebo...

El jardín de sus bocas venenoso, embriagante,

en donde respiraba sus almas y sus cuerpos,

humedecido en lágrimas

ha cercado mi lecho...

Y las manos, las manos colmadas de destinos  
secretos y alhajadas de anillos de misterio...

Hay manos que nacieron con guantes de caricia,

manos que están colmadas de la flor del deseo,

manos en que se siente un puñal nunca visto,

manos en que se ve un intangible cetro;

pálidas o morenas, voluptuosas o fuertes,

en todas, todas ellas pude engarzar un sueño.

Con tristeza de almas,  
se doblegan los cuerpos,  
sin velos, santamente  
vestidos de deseo.

Imanes de mis brazos, panales de mi entraña  
como a invisible abismo se inclinan a mi lecho...

¡Ah, entre todas las manos yo he buscado tus manos!

Tu boca entre las bocas, tu cuerpo entre los cuerpos,

de todas las cabezas yo quiero tu cabeza,

de todos esos ojos, tus ojos solos quiero!

Tú eres el más triste, por ser el más querido,

tú has llegado el primero por venir de más lejos...

¡Ah, la cabeza oscura que no he tocado nunca  
y las pupilas claras que miré tanto tiempo!

Las ojeras que ahondamos la tarde y yo inconscientes,  
la palidez extraña que doblé sin saberlo,

ven a mí: mente a mente;

ven a mí: cuerpo a cuerpo!

Tú me dirás qué has hecho de mi primer suspiro,

tú me dirás qué has hecho del sueño de aquel beso...

Me dirás si lloraste cuando te dejé solo...

Y me dirás si has muerto!...

Si has muerto,

mi pena enlutará la alcoba lentamente,

y estrecharé tu sombra hasta apagar mi cuerpo.

Y en el silencio ahondado de tiniebla,

y en la tiniebla ahondada de silencio,

nos velará llorando, llorando hasta morir

nuestro hijo: el recuerdo.

## MI PLINTO

Es creciente, diríase

que tiene una infinita raíz ultraterrena...

Lábralo muchas manos

retorcidas y negras

con muchas piedras vivas...

Muchas oscuras piedras

crecientes como larvas.

Como al impulso de una omnipotente araña

las piedras crecen, crecen;

las manos labran, labran.

—Labrad, labrad, ¡oh manos!

Creced, creced, ¡oh piedras!

Ya me embriaga un glorioso

aliento de palmeras.—

Ocultas entre el pliegue más negro de la noche,

debajo del rosal más florido del alba,

tras el bucle más rubio de la tarde,

las tenebrosas larvas

de piedra, crecen, crecen.

Las manos labran, labran,

como capullos negros,

de infernales arañas.

—Labrad, labrad, ¡oh manos!

Creced, creced, ¡oh piedras!

Ya me abrazan los brazos

de viento de la sierra.

Van entrando los soles en la alcoba nocturna,

van abriendo las lunas el carmín de nácar...

Tenaces como ebrias

de un veneno de araña

las piedras crecen, crecen;

las manos labran, labran.

—Labrad, labrad, ¡oh manos!

Creced, creced, ¡oh piedras!

Ya siento una celeste

serenidad de estrella!

## SELENE

Medallón de la noche con la imagen del día  
y herido por la perla de la melancolía;  
hogar de los espíritus, corazón del azul,  
la tristeza de novia en su torre de tul;  
máscara del misterio o de la soledad,  
clavada como un hongo sobre la inmensidad;  
primer sueño del mundo, florecido en el cielo,  
o la primer blasfemia suspendida en su vuelo...  
Gran lirio astralizado, copa de luz y niebla,  
caricia o quemadura de sol en la tiniebla;  
bruja eléctrica y pálida que orienta en los caminos,  
extravía en las almas, hipnotiza destinos...  
Desposada del mundo en magnética ronda;  
sonámbula celeste paso a paso de blonda;  
patria blanca o siniestra de lirios o de cirios,  
oblea de pureza, pastilla de delirios;  
talismán del abismo, melancólico y fuerte,  
imantado de vida, imantado de muerte...  
A veces me pareces una tumba sin dueño...  
Y a veces... una cuna ¡toda blanca! tendida de esperanza  
[y de ensueño...

(La Nación, Buenos Aires).

## Anatole France...

(Viene de la página 280).

José, goteaba sobre el pavimento. Ella ordenó entonces a una de las hermanas que enderezaran el cirio. Después echóse hacia atrás, lanzó un gran suspiro y entró en agonía. Se le administraron los sacramentos. Ella no pudo atestiguar, sino por el movimiento de los ojos, la piedad con que recibía los sacramentos de los muertos».

»Este relato se me hizo con admirable simplicidad. La muerte es el acto más importante de la vida religiosa; pero la existencia cenobítica, lo prepara tan bien, que no hay que hacer más en ese instante que en cualquiera otro. Se endereza un cirio que gotea y se muere. Nada más se necesita para completar una santidad minuciosa».

## 7

Quando se llega a esta actitud de perfecta inteligencia ante la vida, nada sorprende, nada maravilla. Es el caso de repetir la frase de Nietzsche: «Ya no es artista el hombre, se ha convertido en obra de arte». Sólo un reproche final haremos al ideólogo perfecto. Nuestro siglo no está contento con lo que tiene. Quiere osar más. Ríe de la torre de marfil y de la impasibilidad marmórea. Nos sangra el corazón y alborea una nueva cultura. Los maestros de nuestro tiempo se llamaron, antes, Tolstoi, Ibsen, Nietzsche. Imposible nos parece agregar a sus nombres el de este humanista feliz. Sus ochenta años son un siglo que muere. ¿En donde está hoy el gran literato francés, capaz de poderse llamar a sí mismo, el Siglo que nace?

ANTONIO CASO.

## Discurso

leído por Anatole France en Buenos Aires, en la noche del 25 de junio de 1909, en el banquete que le ofreció la juventud.

Señores y amigos: Porque desde el primer momento hemos sido amigos. Sí, habéis estado en lo cierto; sí, amo vuestra alegría; sí, amo veros desbordantes de vida y radiantes de esperanza.

Además he conocido por el encantador discurso pronunciado en nombre de todos vosotros, que sois buenos rabelesianos y eso me ha llegado al corazón.

Pienso, en efecto, que el pantagruelismo es la mejor de las filosofías porque está fundado en los dos polos del alma humana: la ciencia y el amor.

¡Oh! estudiad, poseed la ciencia, que cada uno de vosotros tome su justa parte en las vastas comarcas del conocimiento. La ciencia es buena porque nos enseña a distinguir por medio de la acción lo posible de lo imposible, porque nos instruye respecto de nuestros verdaderos deberes y nos liberta de las servidumbres, de la ignorancia y del error, porque, en fin, para hablar como el gran Lucrecio, ella nos enseña a pisotear los vanos terrores y los clamores del avaro Aqueronte. Dedicad a la ciencia pero conservad vuestros ensueños. ¡Oh! no perdáis al contacto de la árida realidad el don divino del ensueño.

Acabáis de decirme hace un instante que yo he perdido todas mis ilusiones,

¿Lo habéis dicho en serio? ¿Estáis convencidos de ello? ¿No habéis dicho: ya no es joven, es necesario tratarle como a un hombre grave, digámosle que ya no tiene ilusiones y eso halagará su amor propio? Pues bien, ¡no! amigos míos, os habéis equivocado. Tengo ilusiones. Quizá no son la de los años juveniles, pero tengo aún bellas ilusiones y su enjambre armonioso flota sin cesar a mi alrededor y me refrescan la frente con el latido de sus alas. Creo en el amor, creo en la belleza, creo en la justicia, creo a pesar de todo que en esta tierra el bien triunfará del mal y que los hombres crearán a Dios.

Haced como yo. Guardad preciosamente vuestras ilusiones, queridos amigos. ¿De qué os serviría vuestra ciencia si no tuviérais la ilusión fecunda de la verdad, de la belleza, del amor? ¡Soñad! Si en el ensueño no hay ciencia, no hay sabiduría. ¡Soñad! Vuestros sueños no serán vanos. La humanidad tarde o temprano realiza los sueños de los sabios. ¡Soñad! no temáis la justicia, amad la verdad.

¡Oh! sobre todo no seáis prudentes, no seáis moderados. Creed, osad. No améis mis libros y acordaos de mí más tarde. Os diréis: era muy suave, muy sencillo y nos sonreía. Ese es el más bello elogio a que puedo aspirar.

(Nosotros, Buenos Aires).



## La estimación extranjera

Heredia, diciembre 27 de 1924.

Señor Director del  
REPERTORIO AMERICANO.

San José.

Muy estimado amigo don Joaquín:

Me permito enviar a Ud. una copia de la carta con que la genial poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou nos ha favorecido, por si cree que a los lectores del REPERTORIO puede interesarles, por lo que significa para nuestro país el que tan honroso concepto se tenga en el extranjero acerca de sus hombres y de sus instituciones. Por la misma razón envío copia de otra carta del Sr. Salas Marchán, Director de la Escuela Normal JOSÉ ABELARDO NÚÑEZ, de Santiago de Chile.

La Biblioteca de la Escuela Normal, como Ud. sabe, se ha propuesto la tarea de convertirse en centro de intercambio entre las publicaciones nacionales y los autores e instituciones docentes que quieran aceptar tan modesto servicio. Con ese fin se ha dirigido a los autores nacionales y a los extranjeros, para ofrecer cuando menos su buena voluntad; al exterior he enviado, además, los periódicos que le parecen de mayor interés y los libros que con sus pobres recursos o por donación de sus autores, puede conseguir. Tanto de escritores nacionales como extranjeros ha recibido cartas, libros importantes y otros estímulos que preferimos no publicar, aunque son un aspecto valioso de la labor de extensión que realiza la Escuela. Pero como conviene que algo de ese trabajo extraordinario se conozca, me permito el envío de las dos cartas, cuyas copias se servirá encontrar adjuntas.

Con protestas de distinguida consideración, soy de Ud. atto. y S. S.,

SALVADOR UMAÑA.

C. Bibliotecario de la Escuela Normal.

Señor Bibliotecario de la  
Escuela Normal de Costa Rica.

De mi mayor estima: ¡gracias! muy efusivas por su generosa cordialidad para conmigo y ¡gracias! por sus interesantísimos envíos. Su primera carta se la pasé al señor Sebastián Morey, uno de nuestros maestros jóvenes de mayor prestigio, el cual se pondrá en comunicación con Ud. según me lo ha prometido y le remitirá libros, programas y revistas pedagógicas de interés, desde su oficina (Museo Pedagógico, Plaza Libertad, Montevideo, Uruguay). Por mi parte, le prometo también hacer envíos de libros, periódicos y revistas literarias.

Con toda mi simpatía, lo saluda muy atte.

(f) JUANA DE IBARBOUROU.

Montevideo, octubre de 1924.

Muy interesante el N.º de *La Tribuna* que me llega. Es todo un admirable esfuerzo, que sintetiza el grado de cultura de ese país tan simpático donde tengo tantos amigos; entre ellos dos particularmente

estimados: D. Joaquín García Monge y Rogelio Sotela, cuyo libro *Recogimiento* es uno de mis predilectos entre los muchos que recibo de toda América. Es un pequeño breviario laico, admirable.

Atte.

Santiago de Chile, 15 de noviembre de 1924.

Señor D. Salvador Umaña

Heredia, Costa Rica.

Muy estimado señor:

Su atenta carta del 1.º de octubre me ha proporcionado gratísimos momentos. Mucho le agradezco la noticia—por cierto inesperada—de que en esa Escuela Normal se han recibido con interés algunos trabajos míos; y más aún le estimo sus bondadosas apreciaciones sobre nuestra educación pública. Debo manifestarle, sin embargo, que nuestras tentativas y reformas son todavía incipientes; y estamos muy lejos de nuestros ideales. Por suerte las nuevas tendencias ganan terreno en la opinión pública, y puede esperarse que en el plazo no muy lejano, hallen su expresión en la realidad.

Nosotros seguimos con admiración los progresos educacionales de Costa Rica, y a menudo los citamos como un ejemplo digno de imitación. Todas las referencias que nos llegan de su Escuela Normal son muy halagadoras. Su nuevo Laboratorio de Psicología Experimental ya puede figurar con orgullo como uno de los mejores de Centro y Sud América. Si a Ud. le fuera posible enviarme el Plan de Estudios, Programas y Reglamentos a que Uds se ciñen, se lo agradecería mucho. Nos prestarán sin duda el servicio de ofrecernos muchas *sugestiones*, pues nosotros debemos emprender, en el próximo año, la reforma de nuestras Escuelas Normales. Por ser caduco lo que tenemos, debo aguardar algún tiempo antes de mandarle trabajos similares.

Son muy valiosos los libros que gentilmente se ha dignado obsequiarme; y están escritos con tanta vivacidad, con tal aproximación a la realidad—especialmente *De la vida de las plantas*—que su lectura es atrayente en alto grado. Le ruego aceptar mis sinceros agradecimientos. Puedo anticiparle que circularán entre alumnos y profesores con gran provecho y deleite. Mucho me gustó *La Tribuna*: fué una bella edición.

Por este mismo correo, me doy el placer de enviarle un ejemplar de las *Tendencias actuales de la educación norteamericana*, como un modesto regalo a la Biblioteca que Ud. dirige con tanto entusiasmo y competencia. Después irán publicaciones.

Le ruego, señor, presentar mis respetos al Sr. Director de la Escuela Normal de Heredia, a cuya insinuación debo su muy estimada, y aceptar Ud. la distinguida consideración con que me suscribo de Ud. su afmo. y S. S.

(f) M. SALAS MARCHÁN.



## La forma de divertirse

una sociedad debiera ser una de las preocupaciones hondas de un gobierno adelantado.

...¿Cómo trabaja y cuánto trabaja esta sociedad desquiciada y dolorida, privada de luz y de alegría? ¿En qué se divierte, cómo se divierte? La forma de divertirse es más significativa, más expresiva que la manera de trabajar. ¿Qué puede esperarse de un pueblo que no tiene clubes, ni tertulias, ni paseo familiar en las plazas, pero sí está lleno de tabernas y de cantinas? Los jóvenes no tienen sitio donde reunirse, pero el Estado tolera y fomenta la prostitución por paga. La tolera porque la autoriza y le cobra tributos, y la fomenta porque de las filas de sus bien pagados funcionarios salen sus mejores clientes. ¡Y en qué forma de placeres vulgares derrochan el saqueo de las arcas públicas! Todo ruin y pequeño. ¡Desventurado pueblo que ni en sus vicios tiene grandeza!

Aun las diversiones que comúnmente tenemos por honestas son de una vulgaridad que provoca náuseas. Trabajar toda una semana para ir el domingo a los toros! Y sacar de allí el alma encenegada para acabarla de embotar en la taberna o el prostíbulo! Qué trabajo noble puede realizarse al día siguiente, qué ciudadanía podrá defenderse, qué honor podrá ostentarse! Se sale ya sin honor del coso, ¿quién podrá recuperarlo al día siguiente, si lo pasa en la oficina, frente al pupitre, bostezando entre la murmuración y el cigarrito, atento el ojo al reloj que marca el instante de la copa de las once que es el comienzo de la modorra de todo el día. Menos malo si se trata de un empleado de comercio, que la lucha verdadera lo arroja a la calle o lo obliga a extremar sus habilidades y a las pocas horas se habrán disipado las sombras de un mal domingo.

No es preciso, se dirá, ir a los toros y a otros malos sitios. Se puede ir al teatro. ¿Y qué cosa son nuestros teatros? Algunos, los más, son como la antesala del prostíbulo. Líricos, Conesas, ordinariéz, lujuria manida, chistes del hampa y sugerencias a la vileza y a la bestialidad. No sé de otra ciudad del mundo, que tenga más tolerancia para quienes llevan tantos años de pervertir el gusto y de ensuciar las conciencias. No recomiendo que se haga contra estos espectáculos un boycoteo de mogigatas, no quiero que los prohíba el Estado, que no tiene derecho de hacerlo, quiero que sea el mismo vicio quien los destruya y deseche. En nombre del placer mismo, exijamos juventud y belleza, sin lepras de miseria y de grosería.

Pero queda el Cine. Sí, el estúpido Cine incubador de una generación de ciegos; escuela de vulgaridad; dechado de cursilería, antro de manoseos rimados por la zancadilla grotesca del fox trot. Lo que sorprende cuando vuelven a encenderse las luces es no ver todos los asientos ocupados por una turba confusa de monos. Diversión para changos, si a sus secuaces no los vuelve ciegos, en castigo de haber renegado de la divina luz, les irá envileciendo las almas, hasta que un día la especie, al son de un *fleehop* vuelva a tomar por asalto las selvas!

¿A dónde ir entondes, a dónde ir en las dulces horas del reposo y ya que cayó de la mano fatigada la tragedia del griego o la comedia de Lope, todo eso que entendería aun el más estúpido si sólo se tomara el trabajo de leerlo? ¿A dónde ir el sábado o el domingo en la tarde? ¿Y eso lo preguntamos en este valle de montes y sol? Fatiguen las piernas en simples correrías por los prados todos aquellos que no pueden pagarse deportes! Vístanse de claro las jóvenes y vayan al

bosque a cantar y a bailar. Que se queme la basura de los prados para que reboten las pelotas del juego. Tennis, baño, carreras y alegría bajo la luz esplendorosa. Y santa música, música de verdad, sinfonía, no sonos bajos para danza de bestias; música profunda que despierta y liberta las almas. Arte sublime o simplemente naturaleza serena. Esto es lo que hace los ciudadanos. Así soñé un día la regeneración de la raza.

JOSÉ VASCONCELOS.

(De *La Antorcha*,  
México, D. F.)

### Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

### Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.  
Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

¿Desea Ud. hacerse un vestido elegante  
y económico para las fiestas?

Pase a LA COLOMBIANA y escoja su corte  
y le saldrá por la mitad de su valor

FRANCISCO GÓMEZ Z.

Calle del Tranvía. — Frente a la tienda Kepfer.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

#### FABRICA

CERVEZAS	Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.	SIROPES
REFRESCOS	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale,	

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA